

REALIDAD, DISFRAZ E IDENTIDAD CABALLERESCA

PEDRO M. CÁTEDRA
(Universidad de Salamanca & SEMYR)¹

*Se legger la mia Donna unqua, ò contare
D'Amadis, di Ruggieri, ò Sacripante,
Ode i martiri, ò d'altr'afitto amante,
Comincia per pietà gli occhij à bagnare,
Sperando' in lei Mendoza anch'io trouare
Pietà: de' l petto mio fido é costante
L'acerba piaga ognibor li pongho innante;
Né pur da gli occhij suoi lachrima appare.
Ciò fors' auien, però che à i lor martiri
Ripar non uede; é del mio mal sà bene,
Ch'ell' ha'l rimedio entr'a i begli occhij santi.
Dunque a trouar Pietà lasso, conuiene
Morir: moriam; pur che chi scriui, ò canti
Sia da me doppo, é l'oda ella, é sospiri.*

ALESSANDRO Piccolomini, en la Roma tan poco caballeresca de la primera mitad del siglo XVI, escribía este soneto dirigido «al S. D. Hernando di Mendoza, nel pianger che fa una bellissima donna, leggendo l'histoire de gli amanti antichi»². Variaba sobre el viejo motivo de la transformación sentimental de los lectores de las historias caballerescas, tan peligrosa como saben los de Dante. Con la nómima indistinta de caballeros, Amadís, Ruggero o Sacripante, se hacía con unos referentes literarios y se apropiaba también de un lenguaje, de una ideología amoroso-caballeresca, actualizándola, incluso 'mimetizándose' hasta llegar a asumir el martirio caballeresco para hacerse lectura, estamparse en papel, desde la que poder suscitar la compasión de la *Donna*. Era metáfora

¹ Este trabajo de investigación se realiza en el marco del proyecto PB98-0285.

² Alessandro Piccolomini, *Cento sonetti*, Roma: Vencio Valgrisi, 1548, fol. sign. D3v.

(y juego), lenguaje. Conversaban los amigos y los amantes con puntos de referencia claros y propios, acomodados en todos sus sentidos.

En el soneto que sigue al transcrito, Alessandro vuelve a las andadas con los libros de caballerías, ahora dirigiéndose a «Mad. Portia Pecci, la quale leggendo Amadis` de Gaula, giudicaua che segno di poco amore mostrasse in uiuer tanto lontano da Oriana, come faceua». Viste de historia un *dubbio* común en la discusión erotológica. Nuevamente, la literatura caballeresca es objeto de conversación cortesana, de discusión, de referente, de caso, de punto de partida o *evidentia* cómoda para hacerse con el argumento. Cierto que estas conversaciones en las que se utilizaban referentes caballerescos, que hemos de suponer tras de los versos de Piccolomini, quedarán más y más agotadas con el paso del cortesano al hombre *civil* y, así, Guazzo no dejará de burlarse de ellas. Pero, sin duda, en el siglo XVI la literatura caballeresca muestra ser algo más que una lectura para la evasión; debía ser una lectura para la transformación. Los miedos y los ataques de los moralistas, por otro lado, debían significar algo.

Vayamos a otra conversación, también cortesana, pero de otra categoría. Aquí sí que no se discute de amor; se habla y se planea sobre tragedias históricas reales y sobre política futura. La imagería caballeresca, por su misma condición de metáfora, tiene una sustancialidad incluso en tiempos de más cartón piedra, de más mentirijillas, cuando hay que rearmarse ideológicamente, reinventar urgentemente la *caballería*. Gonzalo de Arredondo, un benedictino iluminado, imagina en su *Castillo inexpugnable, defensorio de la fee*, escrito y publicado en 1528, año de máxima *pulsión escatológica* en el que desbordaba el miedo por excelencia de occidente entonces, el peligro turco; imaginaba, digo, una extraña tertulia de poderosos, Emperador, reinas, nobles del Imperio y castellanos. En otro lugar he transcrito algunos pasajes que nos permiten ver cómo el programa de Arredondo es de reinstauración caballeresca, de una caballería individual y cristiana, que no se pierde, por ejemplo, en guerras civiles, «por una Génova, por una Florencia, por Milán, por Pavía, por una Venecia, por Nápoles [...] ;Allí, allí caminen y a la África y Turquía y Grecia vayan, adonde las riquezas son, adonde las perpotentes ciudades, adonde los reynos e imperios florescen, adonde son los thesoros, adonde las joyas, adonde nascen las perlas, adonde abunda todo bien temporal, adonde servir pueden a su Dios, adonde ganan sus ánimas, adonde aumentan sus estados, adonde ganan gloria temporal y sempiterna»³. Esta es la convocatoria de la cruzada, pero también la llamada de la *quête* caballeresca tan perceptible en los libros españoles de ese género publicados a lo largo del primer tercio del siglo XVI. No será extraño, así, que la vieja metáfora

³ Gonzalo de Arredondo, *Castillo inexpugnable, defensorio de la fee y concionatorio admirable para vencer a todos enemigos espirituales y corporales; y verdadera relación de las cosas maravillosas antiguas y modernas; y exortación para yr contra el Turco y le vencer y anichilar la seta de Mahoma y toda ynfidelidad y ganar la Tierra Santa con famoso y bienaventurado triumpho*, Burgos: Juan de Junta, 1528, fols. 46v-47r.

de la parentela o genealogía de los pecados capitales sea transformada por Arredondo en un verdadero catálogo de tropas, que nos recuerda la capacidad inventiva de don Quijote ante los rebaños:

«¡O cuánto yo querría —dixo la Reyna de España, doña Juana— saver los nombres allende de los capitanes siete que son dichos que trae el crudelíssimo Turco en nombre de su señor, el Diablo, y de su miembro, Mahoma, en su ejército, con que a todos los christianos nos destruye e haze tan grandes e abominables males en el mundo y por qué confía tanto de ellos!».

«Confía —respondió el Monje— porque son sus deudos y parientes, ca su tío es Vanloança, Duque de Elevante, y tiénele dado el Diablo e su ministro, el Turco, por sus servidores e más adherentes a don Elacio y a don Arrogante y a don Insonolento y a don Ambición y a don Contención e a don Menosprecio y a don Inovediente y a don Inreverente».

«Y es su muy cercano deudo —respondió don Fadrique de Toledo, Duque de Alva— don Yravisosa, Marqués de Odissa, y tiene por suyos quanto assí nobles cavalleros don Odio, don Discordia, don Rixo, don Injurio, don Impaciente, don Contumelio, don Protervidad, don Malicio, don Nequicio, don Malignidad, don Furor».

«Y es su primo del Turco —dixo don Diego Hurtado de Mendoza y de la Vega, duque del Infantazgo— don Imbidio, Conde Tracia; y por sus allegados y estrenuos cavalleros a don Detraccio, a don Susurraccio, a don Depravacio, a don Imbidencio, a don Plauzio, que es gozo de la adversidad del próximo».

«Y es su allegado pariente —prosiguió diziendo don Antonio Manrique, duque de Nájera— don Alvarico, vizconde de Simonte, y posee por sus consortes a los famosos hombres de armas don Simonio, don Usuro, don Latronico, don Urto, don Rapino».

«Y tiene por consiguiente —dixo don Álvaro de Çúñiga, duque de Véjar— a su sobrino don Acidoto, Almirante de Disidia, que goza tener por hacheros a don Desidio, a don Pegricio, a don Pusilánimo, a don Negligencio, a don Improvidencio, a don Incircunspecio, a don Tepido, a don Inabio».

«Tiene también a su consanguíneo —respondió don Juan de Guzmán, duque de Sevilla— don Gulope, Condestable de Golosia, y ha por sus consortes a don Golosio, a don Embriaguez, a don Inmodestio, a don Inverecundio, a don Vaniloquio, a don Inmoderacto, a don Inastinecio, a don Inhonestidad».

«Con todos los dichos capitanes —dixo don Beltrán de la Cueva, duque de Alburquerque—, tiene otro más principal que a todos los sobredichos manda y a él ovedecen y el mesmo Turco bive a su ordenança, querer y mandar como señor y siervo suyo, que es don Superbo, señor de la Dominación superba, e toda protervidad e crueldad en él consiste; y su querer y gozar es su voluntad de enseñorear y apetito de propria excelencia e condición de a todos mandar».

«Ansí me parece a mí —dixo la Reyna de Ungría, madama María—, que este crudelíssimo Turco a todos quiere mandar, a todos enseñorear, a todos matar, a todos quiere privar e a todos enseñorear, a todos renegar, a todos blasfemar, a todos a su dominio atraer. Él quiere ser solo; no quiere aver yqual ni mayor; él a todos mandar y no ser mandado; a todos atributar y él ser libre. Quien tributo no le quiere dar, la vida le a de costar».

«Quien trae tal ejército como el sobredicho —responde el Monje— y a él se acompaña y a él se allega y subjecta no puede otras operaciones hazer, sino a los capitanes e sotacapitanes e a sus aderentes seguir y a ellos obedescer».
 «¡O cuánto he miedo! —dixo la Reyna madama Leonor— Que más guerra nos hazen nuestros peccados y males que obramos para contra Dios, nuestro criador y redemptor, que no el potentíssimo Turco cruel ni sus moros» (fol. 23v-24r).

¿Hay que recordar que a esas alturas de la Edad Moderna ni los éxitos militares del turco ni los cristianos se debían entonces al esfuerzo caballeresco tradicional del hombre de armas, sino a la caballería ligera, en el caso de los turcos, o a la infantería, en el caso de los cristianos, especialmente los españoles? Podría achacarse que Arredondo arrastraba una rémora ideológica y una visión del mundo de otros tiempos. Fue un benedictino con mentalidad enclavada en el siglo XV, al que se deben historias heroicas de Fernán González; y que acabó sus días intentando poner en práctica un ideal de pobreza evangélica aprendido nada menos que en Joaquín de Fiore.

Pero no hay interrupciones, sí matices, en la larga duración de la caballería. He ahí, para demostrarlo, el poco conocido episodio del rearme material y espiritual que de sus reinos intenta Felipe II a golpe de decreto en los años setenta del siglo XVI. Para aumentar la seguridad militar, pensó actualizar la caballería urbana, abriendo una puerta al ennoblecimiento no de linaje, para lo cual se llegaron a redactar unos estatutos de orden caballerescas que descansan sobre el entrenamiento y, en especial, los juegos caballerescos: con la asistencia a estas cofradías y merced, sobre todo, a la práctica del torneo y cañas los habitantes de España estarían siempre preparados para repeler cualquier agresión o para llevarla allá do fuera necesario. Las utopías resucitan, como en el caso de Arredondo, sobre la base de la *fábula* y veremos, así, cómo la edición e, incluso, la composición de libros nuevos —tales o cuales en manuscrito— hará ascender en cada uno de esos momentos la lánguida curva de la producción y —quizá— de la lectura y uso de los libros hasta sus puntos más altos. El cartón piedra de esas fiestas caballerescas que los españoles de la segunda mitad toman de los libros de caballerías es más duro de lo que a primera vista nos parece, aunque el sueño de la caballería urbana de Felipe II por fin quedara hecho añicos en la prueba que de su finísima celada de encaje hiciera uno de esos jóvenes hidalgos en los que pensaban el Rey o sus consejeros muchos años después en un lugar de la Mancha⁴.

En palabras del viejo Huizinga de 1919, retomadas por Stanesco y otros, «la vida caballerescas es una imitación, imitación de los héroes artúricos o antiguos,

⁴ Trato esto por extenso en mi libro sobre el torneo en la España del siglo XVI, en preparación, y que se publicará como anejo de *Emblemata*.

no importa cuáles»⁵. La imitación es algo más que una pura repetición, es más bien una *mimesis* en toda su extensión y consecuencias. Quizá, por ello, la más operante historia de la literatura caballerescas sea la de su lectura, su recepción y, sobre todo, la del *uso* que generaciones tras generaciones han venido haciendo de ella, como puntualizará Martín de Riquer. Y esto, entre otras cosas, porque pocos temas o géneros o fábulas son más persistentes que los caballerescos; más persistentes y, también, más proteicos, más adaptables a cada caso, a cada visión del mundo, a cada situación histórica. Temas y géneros persistentes llevan implícitos desde valores interpretables, hasta un mundo de referencias que devienen códigos, signos o sentidos que se reajustan en cada momento.

Los ejemplos de la vitalidad de la imagería del torneo son bien significativos de lo que vengo diciendo. Stanesco respuntará en la idea del Daniel Poirion de *Le Poète et le Prince* sobre que el torneo *à sujet* señala perfectamente el paso de la competición al simulacro, del *agôn* a la *mimesis*, para concluir que el torneo es el resultado perfecto de un «desdoblamiento de la concretización»: la literatura es un modelo doblemente actualizado en virtud, primero, del acto de la lectura y, segundo, por su ejecución ante el público.

Hay una cierta tendencia, sin embargo, a concretar este desdoblamiento, el acto mimético y los demás con él relacionados de la convención torneística casi exclusivamente en el proceso de pérdida de identidad, por un lado, de los participantes y la adquisición de una vacía representación por medio del disfraz y todos los elementos complementarios referenciales, como, por ejemplo, las letras, los colores, los datos explícitos del mundo caballeresco, etc. En alguna medida, se tiende a pensar que los torneos *a sujet* son realmente los únicos en los que se produce un cierto ‘declasmamiento’ de los protagonistas en forma de desplazamiento desde su realidad social a la irreal realidad caballerescas. Olvidamos, sin embargo, que, cuando Huizinga vuelva al asunto en su *Homo ludens* (1938), centrará su atención más en el *juego* mismo y recordará que los espectáculos caballerescos no eran un ornamento, pues que «el juego es una función rica de sentido». Michel Stanesco ha reactivado la idea del carácter sustancial del juego proponiendo que «lejos de ser un trasvestimiento, las armas de un Lanzarote o de un Tristán son una exaltación, una elevación que permite al individuo salir de sí mismo y mostrar lo que debe ser reconocido en su esencia»⁶.

Y esto, seguramente, en cualquier nivel de la práctica del juego caballeresco, festivo o de entrenamiento. Voy a centrar mi atención, con esa perspectiva que el lector reconocerá sin necesidad de insistir ni explicitar, en un aspecto poco atendido, el del juego caballeresco infantil y sus funciones transformadoras en virtud del principio de *mimesis* caballerescas. El entrenamiento militar no era sólo

⁵ Michel Stanesco, *Jeux d'errance du chevalier médiéval. Aspects ludiques de la fonction guerrière dans la littérature du Moyen Age flamboyant*, Leiden: E. J. Brill, 1988, pág. 96.

⁶ M. Stanesco, *Jeux d'errance du chevalier médiéval*, pág. 102; la cita de Huizinga en pág. 96.

una práctica deportiva, sino también ideológicamente formativa y, cuando se hacía pública, ceremonial, una especie de muestra de cohesión de clase y de práctica de la caballería. Quizá valga la pena atender a un tipo de juego caballeresco del que tenemos pocas noticias durante la Edad Media y, desde luego, apenas descripciones, quizá por el estatuto secundario que en las fiestas formales tenían los niños. Comentaré uno de esos juegos del que, esta vez sí y afortunadamente, tenemos una relación pormenorizada, que reproduciré también al final de este trabajo. Habrá que esperar a la primera mitad del siglo XVI para encontrar representaciones de juegos caballerescos infantiles; el motivo de torneo fingido de niños dio lugar a algunas réplicas pictóricas muy interesantes, pero apenas si tenemos descripciones detalladas de juegos caballerescos infantiles en los que se nos facilite una ‘descripción ideológica’ suficientemente clara.

En junio de 1415, casaron el futuro Alfonso el Magnánimo y doña María, la infanta de Castilla, que había nacido en 1401 y que contaba, por tanto, con catorce años no cumplidos. El infante don Pedro, hermano de Alfonso, niño de diez u once años, y sus amigos de la misma edad organizaron el juego caballeresco que les era permitido, una sortija, que viene a ser el resultado de una clonación de los torneos y justas que celebraron los caballeros adultos y de los que hay bastantes restos documentales en archivos valencianos y narraciones resumidas en los *Anales* de Zurita, entre otras historias aragonesas. Desde muy antiguo, las bodas o bautizos eran acontecimientos directamente relacionados con la promoción y mantenimiento del linaje; se celebraban, precisamente, con las manifestaciones más conspicuas de la virtud del linaje caballeresco, las fiestas militares, torneos y justas. Así se estipula, por ejemplo, en los estatutos de la Orden de la Banda desde el siglo XIV, que pone por escrito una costumbre extendida en toda la sociedad caballeresca europea.

Esta *sortija de caballeros niños*, como la llama el cronista, no se encuentra en las crónicas normalizadas, sino sólo en las interesantes memorias de Luis Panzán, de donde tomo el texto de la descripción. El sevillano Luis Panzán, miembro quizá de una familia italiana emigrada, Panzano, fue desde antes de cumplir veintidós años notario de Juan II de Castilla, por 1410 o 1411, y en su oficio sirvió a Fernando de Antequera cuando fue a coronarse rey de Aragón. Después de ser notario de confianza del nuevo Rey de Aragón, sirvió al cardenal Alonso Carrillo en destinos de cierta importancia, como jefe de la aduana de Bolonia y mensajero en asuntos relacionados con el Cisma. Seguramente, debido a estos servicios, acabó avecindándose en Valencia, donde también guardaba sus copias de los documentos en cuya elaboración había intervenido. Hacia 1458, Juan Carrillo, arcediano de Cuenca y abad de Alfaro, sobrino del Cardenal, le pide en esa ciudad que, a causa de su conocimiento de los sucesos de Fernando de Antequera en el heredamiento del trono aragonés «pusiese los autos que pasaron en escrito». A pesar de que Panzán solicita se le permita redactar la obra ante la documentación original de que disponía en su casa de Valencia, Carrillo

no quiere esperar la dudosa redacción de una crónica documentada y Panzán se vio obligado a escribir sus recuerdos en la misma ciudad de Cuenca. Habían pasado, sin embargo, cincuenta años desde que tuvieron lugar muchos de esos acontecimientos. Debía tener una memoria de otrora, medieval, porque, en efecto, esas memorias son detalladas y en ellas se transcriben, incluso, algunos documentos que requieren más soporte escrito que cerebral, a no ser que los haya inventado. Bien es verdad que podría haber copia en Cuenca, en casa del propio Juan Carrillo que había desempeñado también un papel importante en la corte de Roma y al servicio de su tío el Cardenal de San Eustaquio y desde su infancia en la corte aragonesa. El origen de la escritura lo narra el notario en las primeras páginas de sus memorias, y en ellas completa aspectos interesantes de su vida y sobre su personalidad. Conservamos un manuscrito de finales del siglo XV en la biblioteca del Instituto Valencia de Don Juan, que había pertenecido al Conde Duque de Olivares y que no hace muchos años sirvió para la única edición moderna de este texto que ha pasado sin pena ni gloria y bastante desatendido⁷. En las páginas que siguen, como digo, examinaré de nuevo la relación de esta fiesta, y ofreceré una transcripción nueva realizada a partir de ese único manuscrito. Considero que este texto ilumina bien no sólo sobre los aspectos lúdicos y formativos, sino también sobre la mimesis caballeresca y las consecuencias de los enlaces amistosos en ese contexto, en última instancia un *compagnage* social y político.

Antes refrescaré al lector la memoria con unos brevísimos apuntes sobre el juego caballeresco infantil y, ante todo, sobre la *sortija*. Capítulo relativamente amplio sobre esta materia se podrá percibir también en la literatura caballeresca y en los manuales de educación de príncipes, con su continuación posterior de los libros de caballería. La lista de textos por aportar sería larga, en especial entre los que tratan con más cuidado la educación del caballero héroe, como en las narraciones caballerescas breves de parejas de niños, *Oliveros de Castilla* y *Artús de Algarve*, por ejemplo. En *Florisel III*, de Feliciano de Silva encontramos el juego de armas como un capítulo más de la educación y del establecimiento de enlaces políticos futuros. A los seis años, el príncipe Agesilao sale de la tutela paternal:

Fue criado hasta que ovo seys años en mucha magestad y regalo de sus padres, y tuvo de niño una manera de despreciar las cosas de la niñez que no parecía fuera de deydad premisión para hazer un hombre verdadero desde su niñez, pareciendo, quando desta edad era, como en desdén mostrar graciosidad de risa de las niñezes de los otros niños [...] Y estando deprendiendo las artes,

⁷ Luis Panzán, *Recordanzas en tiempo del Papa Luna (1407-1435)*, ed. de Gregorio de Andrés, Madrid: F.U.E., 1987. Pese al esfuerzo del benemérito editor, se requiere una nueva edición que, en primer lugar, atienda las condiciones lingüísticas del manuscrito, y que también reponga bastantes errores de transcripción, acaso resultado del afán modernizador o castellanizante. Agradezco las facilidades que para la consulta y transcripción del manuscrito me han sido dadas en el Instituto Valencia de don Juan por la directora de su biblioteca y el resto del personal.

truxeron un hijo del fuerte príncipe Anaxartes, llamado don Arlanges de España, para que en compañía aprendiessen, tan estremado en hermosura y buenas maneras quanto príncipe podía serlo, con quien el príncipe Agesilao tomó grandíssimo amor y amistad en el exercicio de sus estudios y armas, porque en ellas salieron estremados, tanto que, quando llegaron a diez años, en las fiestas de los teatros no se mirava otra cosa nin se hablava en toda Grecia sino de ver jugar a estos dos príncipes el uno con el otro las armas, donde en sus virtuosos exercicios los dexaremos⁸.

Los ejemplos, como digo, podrían multiplicarse. La precocidad en el uso de las armas, o en las prácticas de entrenamiento, es indicio de nobleza caballeresca. Recuerdo sólo algún caso histórico en el dominio hispánico. Álvaro de Luna, según su cronista, a los diez años «sabía ya todas las cosas que los otros niños quando por estonçe comiençan a aprender»⁹, entre ellas a cabalgar y manejar la montura. Es en esta fase cuando «la sociabilidad de los adolescentes debió estructurarse, además de en torno al ayo o aya, con respecto a otros muchachos y muchachas de la misma condición que compartiera con ellos el aprendizaje»¹⁰. Justamente, es el caso de la sortija valenciana de 1415: ésta permite que esa amistad incipiente trascienda en compañonaje caballeresco y clientelismo político, que se mantendrá a lo largo de una vida, como dejará señalado el cronista Panzán, quien seguramente y sólo por esta razón —para beneficiar la memoria de personas políticamente activas— incluye la relación.

Más difícil es encontrar detalles sobre el entrenamiento de los príncipes niños en la caballería por medio del juego de la sortija. Este ejercicio ha sido considerado por uno de sus raros estudiosos como una peculiaridad española. Lucien Clare, en efecto, ha señalado que, en contraposición a lo que ocurre con otros entrenamientos caballerescos documentados muy antiguamente en Europa, la sortija es de aparición tardía en Francia o en Italia, mientras que en «Espagne, dans la deuxième moitié du xve siècle, montre une apparition soudaine de ce jeu, dont les attestations se multiplient après 1460»¹¹. El mismo estudioso francés recuerda como indicio el uso simbólico de *sortija* en las *Coplas del Provincial*¹².

⁸ Javier Martín Lalanda, ed., *Florisel de Niquea (Tercera Parte)*, Madrid: Centro de Estudios Cervantinos, 1999 [2000], págs. 8-9.

⁹ Juan de M. Carriazo, ed., *Crónica de Álvaro de Luna*, Madrid: Espasa Calpe, 1940, págs. 12-13, cit. por Beceiro Pita & Córdoba de la Llave en el volumen citado en la nota siguiente.

¹⁰ Isabel Beceiro Pita & Ricardo Córdoba de la Llave, *Parentesco, poder y mentalidad. La nobleza castellana. Siglos XII-XV*, Madrid: C.S.I.C., 1990, pág. 118. Para la atención al niño en el contexto caballeresco, véase, por ejemplo, Shulamith Shamar, *Childhood in the Middle Ages*, Londres & Nueva York: Routledge, 1992, págs. 114 y siguientes.

¹¹ Lucien Clare, *La Quintaine, la course de bague et le jeu des têtes*, París: C.N.R.S., 1983, págs. 48-49. Remito a esta publicación para muchos detalles sobre la historia del juego de la sortija, sobre todo en los siglos XVI y XVII.

¹² «Decidme, doña Leonor | que doña Ana, vuestra hija, | á corrido la sortija | con el nuestro superior» (c. 116). El uso erótico de la terminología propia de los juegos caballerescos está atestiguado en un importante bloque de literatura medieval y de nuestro Siglo de Oro.

Los testimonios recordados más antiguos son los recogidos por el cronista del condestable Miguel Lucas de Iranzo, que, como es bien conocido, relata no pocas fiestas organizadas en Jaén entre 1461 y 1460. Lucas se serviría de «cet *instrumentum regni* pour asseoir son autorité»¹³. La sortija, a juzgar por lo que podemos leer en esa crónica, se integraba en fiestas señaladas y formaba parte de un ciclo de ocio casi siempre idéntico. Miguel Lucas las organizaba siempre en el día de Reyes —como dice el cronista, «siguiendo la usada costumbre» (101), no estoy seguro si propia o general—. La tradición de juego invernal, como otros caballerescos, se mantenía, por lo que se ve, viva. La sortija se corría ya de noche, antes de la cena, a veces muy tarde (161) con luces artificiales, que no sólo eran imprescindibles para la práctica, sino que también realizaban la suntuosidad de la fiesta. En la de Reyes de 1461 Lucas corrió antes de la cena (40). En ocasiones, era un complemento de la fiesta caballeresca por excelencia, el torneo, y en ella participaban los mismos caballeros que antes hubieran organizado uno de ellos. Antecedía, en ocasiones, a la danza o a los momos cortesanos nocturnos, profanos o religiosos que se celebraban tras de la cena (57-58). Quizá por ello el juego de la sortija se prestaba también a la representación y a su 'lectura' en un contexto teatral o iconográfico específico: en las fiestas navideñas de 1462, Lucas y sus caballeros se dirigían a la sortija antes de la cena, vestidos «de falsos visajes y coronas en las cabeças, a memoria de los tres reyes magos, cuya fiesta çelebrava» (70-71). Los premios que normalmente se obtenían en la celebración giennense eran jubones de brocado o prendas especiales de vestir. Duraba el ejercicio «dos o tres horas» o una «gran pieça» de tiempo, o hasta que los caballeros se cansaban (71).

La *sortija* se incluía también en el ciclo de las fiestas carnavalescas. En este caso se trataba, naturalmente, de una inversión de papeles y los caballeros no tomaban parte en ella. Por *plazer*, Miguel Lucas manda organizar una sortija para divertir a una embajada del reino de Granada el último día de Carnestolendas de 1463. Bajo la presidencia de «un loco que se llamava Maestre de Santiago» corrió la sortija Pero Gómez de Ocaña, balletero de maza, que obtuvo como premio una lluvia de palos «con porras de cuero embotidas de lana» que le propinaron los pajes del Condestable: «diéronle tantos porrazos que lo ovieran de matar, fasta que lo corrieran de allí» (111). Otro balletero de maza, Pero Gómez de Aguilar, quizá el mismo anterior, volverá a someterse a la chanza al año siguiente, pero esta vez sin palos, consiguiendo un gallo. Debía ser costumbre, por cuanto el cronista dice que «si él no estava allí, no faltava otro loco o albardán que saliese a correr la sortija» (163).

En tiempos de Miguel Lucas de Iranzo la sortija era en Castilla un juego caballeresco que ocupaba un lugar complementario y se ha especializado en

¹³ L. Clare, *La Quintaine*, pág. 49. En lo que sigue, cito entre paréntesis la página correspondiente de Juan de M. Carriazo, ed., *Hechos del Condestable Miguel Lucas de Iranzo*, Madrid: Espasa-Calpe, 1940.

determinados momentos de la liturgia lúdica del caballero. No tenemos otros testimonios que demuestren que correr sortija en la fiesta de Reyes o en Carnaval sea algo común. Sí se recuerda alguna vez que tenía lugar en acontecimientos especiales, como bodas, que como rito de prolongación y unión de linajes solían incluir en sus manifestaciones públicas los juegos caballerescos. En el curso de las de Beltrán de la Cueva con la hija menor del Marqués de Santillana, que autorizó Enrique IV con su propia presencia, se hicieron «muchas fiestas de diversas maneras, torneo, correr toros y sortija de noche con muchos faraones»¹⁴.

No obstante, el que aquí se presenta no es el único testimonio de la práctica de la sortija como juego complementario en el que participaban jóvenes caballeros. Es normal, por ejemplo, que a finales del siglo XV los torneos, justas o juegos de cañas se complementen con la sortija en la que intervenían muchachos. Durante las fiestas celebradas en Zaragoza en 1488 con motivo de la llegada de la familia Real, el príncipe don Juan, hijo de los Reyes Católicos, corrió una sortija. Tenía entonces diez años y ya pudo armarse casi como un caballero, aunque con «un arnés blanco», pero con todos los adminículos necesarios, como eran pendones o «lanças doradas», sin contar la riqueza de las ropas especiales para este acontecimiento, que seguramente era el primer juego caballeresco en que el niño Juan tomaba parte. Entre los objetos necesarios para organizar el espacio, hay también trescientos cincuenta *faraones* para la iluminación, lo que nos indica que también se celebró la fiesta por la noche, circunstancia que debía ser inherente a la sortija¹⁵.

Las fiestas sevillanas se celebraron con motivo del matrimonio entre el príncipe heredero de Portugal, don Alfonso, y la infanta doña Isabel de Castilla, de acuerdo con una suntuosa organización, a la que se refieren los cronistas. «Fueron fechas en Sevilla por ello muy grandes fiestas e justas e torneos por los cavalleros cortesanos e por los cavalleros destos reinos; e justó el rey e quebró muchas varas. Estava la tela e los cadahalsos, donde estava la reina e sus fijas e el príncipe e los prelados e las grandes señoras e las damas, cerca de las atarazanas, en aquel conpás de entre ellas e el río. [...] Ivan de día a las justas, y venían de noche con hachas a los alcáçares, e la dama que menos servicio traía, traía ocho o nueve hachas ante sí, cavalgando en muy ricas mulas, todas muy jaezadas de terciopelos e carmesíes e brocados»¹⁶. El cronista no dice nada de ninguna *sortija* en la que el Príncipe participara; pero sí se anotan nuevamente los gastos para comprar los objetos necesarios en las cuentas del tesorero de la Reina.

¹⁴ Diego Enríquez del Castillo, *Crónica de Enrique IV*, ed. de Aureliano Sánchez Martín, Valladolid: Universidad, 1994, pág. 189.

¹⁵ Antonio de la Torre & E. A. de la Torre, eds., *Cuentas de Gonzalo de Baeza, tesorero de Isabel la Católica*, Madrid: C.S.I.C., 1955, I, págs. 236-237.

¹⁶ Andrés Bernáldez, *Memorias del reinado de los Reyes Católicos*, eds. Manuel Gómez-Moreno & Juan de M. Carriazo, Madrid: Real Academia de la Historia, 1962, págs. 215-216. También se refiere a las fiestas Hernando de Pulgar, *Crónica de los Reyes Católicos*, Madrid: Espasa-Calpe, 1943, I, pág. 438.

Ahorro los detalles al lector, aunque no debe orillarse alguno que viene a mostrarnos que el ciclo de la fiesta de cañas era parecido al descrito en la crónica de Miguel Lucas de Iranzo. Aparte la riqueza de la que todos los participantes hicieron gala, a juzgar por los gastos en las del Príncipe, la sortija se hizo con tablados especiales de noche, iluminando ricamente el espacio. Es posible que la sortija se complementara o se simultaneara con una especie de variante del torneo *à sujet*, en este caso con momerías. A renglón seguido de los gastos de *faraones*, cera y demás cosas necesarias para la iluminación, se consigna también el de «un carro de los momos del Príncipe». El número de muchachos que tomó parte debió ser muy crecido, por cuanto se necesitó de la intervención de cincuenta y dos oficiales para las labores de sastrería; en los momos actuaron, por lo menos, diecinueve muchachos, además del Príncipe¹⁷.

Sin embargo de estas fiestas infantiles —o de otros momos a cargo de las infantas— nada dicen los cronistas (ni los biógrafos modernos del Príncipe). Habrá que explicarse el silencio por lo secundario o la poca importancia de lo infantil en lo historiable, aunque la sociedad daba cabida suficiente a los alevines de la caballería y, además, homologaba su participación con las de los mayores. No se olvide que esta fiesta última en la que tan ricamente participaba don Juan era una boda, el ámbito de la celebración de justas y torneos: los de los mayores se complementan con otros juegos caballerescos por parte de los menores, en una mimesis trascendente, que sirve como preparación no sólo en el *juego*, sino también en la sociabilidad del juego.

Un buen exponente de todo esto es la relación de la *Sortija caballeros niños* a la que me he venido refiriendo, y que, con motivo de las bodas de la infanta María de Castilla con el príncipe Alfonso de Aragón, futuro rey Magnánimo, su hermano, el infante don Pedro organizó, contando con el grupo de niños de su edad, de diez u once años, y aprovechando la propia inercia de las fiestas de unas bodas reales. El lector podrá advertir no pocos aspectos interesantes en la misma relación que sigue.

La edad de estos niños era ya la de la mocedad. No será extraño encontrarlos en estas actividades en esa etapa de formación. Siguiendo el testimonio de don Juan Manuel, entre otros, sabemos que hasta los siete años se extiende la infancia; entre los siete y los catorce, la mocedad; entre los trece y los catorce —en éstos, la *edad perfecta*, según los documentos— se da la mayoría de edad en el derecho germánico, aunque la capacidad jurídica se adquiría a los veinticinco¹⁸. El periodo, pues, de los diez a los catorce años es importantísimo no sólo educativamente, sino también ideológicamente.

La relación que une al infante don Pedro con aquellos que son por él convocados era de frecuentación —«con quien más platicava»— y de *amor* en el

¹⁷ *Idem*, págs. 336-341.

¹⁸ I. Beceiro Pita & R. Córdoba de la Llave, *Parentesco, poder y mentalidad*, págs. 114-115, 119-120.

sentido feudal, la amistad caballeresca. La lista es interesante porque en ella están la mayoría de las familias catalanas, aragoneses y castellanas que vamos a encontrar más adelante en los avatares históricos de algunos de los Infantes de Aragón o del mismo rey Alfonso. Naturalmente, en la lista figura Juan Carrillo, que además de ser el triunfador de la sortija iba a ser también quien, andando el tiempo, llegara a ser Arcediano de Cuenca y la persona que solicitó a Panzán redactara sus memorias. Esta es la razón por la que unos episodios menores han merecido pasar con tanto detalle a la historia mayor. En alguna medida, el anuncio de relaciones futuras de carácter político o de dependencia feudal indica que el cronista y, más probablemente, el destinatario percibía aquel acontecimiento excluyente de la infancia como la base de esas mismas relaciones. Además, vemos cómo la propia historia del mecenas se incorpora a e imbrica en la crónica escrita de sucesos mayores, como si de un libro de linajes de compilación personal se tratara.

Por otro lado, los aspectos miméticos de la fiesta no sólo se deben a las propias circunstancias de la celebración, sino también a la actitud de los *caballeros niños*, copiada de la de los adultos. Actúan como los caballeros reales y, quizá sobre todo, literarios cuando, por ejemplo, después del torneo se retiran a sus casas, tienen colación en casa del señor o rey bajo cuyo mando se celebra y acaban festejando con baile. Incluso, el paseo «a ver damas» de los niños por las calles de Valencia, que suscita la hilaridad complacida de los adultos, estaba previsto como ronda de caballeros después de estos festejos. La satisfacción del rey Fernando de Antequera y de todos los caballeros cuando se acercan los niños a comer a palacio, invitados por don Pedro, no deja de ser también el orgullo por la continuidad y la invariabilidad social y del poder.

SORTIJA DE CABALLEROS NIÑOS
 CON MOTIVO DE LA BODA DE LA INFANTA MARÍA DE CASTILLA
 CON EL PRÍNCIPE ALFONSO DE ARAGÓN (1415)

Pasada Nabadad, el comienço del año de mill e quatroçientos e treze anos, a siete o ocho de enero, entró la princesa de Castilla con mucha cavallería e muchas duenas de Castilla e saliéronla a resçebir los Cardenales e el Rey e la Reyna e los cavalleros con los Ynfantes a su parte e fuele fecha gran fiesta. E leváronla a casa del Rey. E pasados quinze días, prestas todas las cosas que eran nesçesarias a las bodas, que ya desde Çaragoça la Reyna de Castilla lo avía enbiado a dezir al Rey, e estava todo conçertado quando la prinçesa partió de Castilla, un lunes se velaron dentro en el real e duraron las fiestas más de ocho días, que cada día justavan e jugaban las cañas, justas a porfía los castellanos con los catalanes, que, sabed, que la flor de Castilla vinieron a las bodas, que de la una parte e de la otra cavalleros yvan por tierra, que, a dicho de cavalleros catalanes, nunca vieron tan fuertes justas.

Continando aquestas fiestas, el ynfante don Pedro, que tenía en consentiçia muchos inperios, fijos de condes e de grandes cavalleros, que se venían al palaçio a jugar con él, que todos heran casi de diez a honze años cada uno, que ya cavalgavan en rozines e los corrían, fue un día el dicho infante a la prençesa e díxole ^[50v]: «Señor[a], por amor de vos, quiero fazer una fiesta al Mercadal, dentro en la çibdad, do justan, con diez o doze de mi hedad, fijos de los mijores cavalleros de Valençia, jugar una joya a la sortija: quien mejor la correrá, que lieve la joya; e, senora, vos sed la que la juzgará, que la dedes a quien lo fará mejor; e demando a vos la joya». E la Ynfanta era niña, que escasamente avía treze años; reyose y dixo que le plazía.

E el infante partido della, fízose venir aquellos con quien más platicava o av`amor. E eran éstos el Conde de Luna, que con él estava sienpre, e mosén Remón Bayl, que era que de hedad de honze anos, mosén Gaspar de Bages, sobrino del obispo de Valençia, Juan Carrillo e Sancho Carrillo, sobrinos del Cardenal de Sant Estaçio; e lo otro mosén Gaspar Díaz, fijo de mosén Ma[n]Juel Díaz; el otro Francés Perellós, fijo de mosén Francés de Perellós, e dos fijos de mosén Bernal Centellas, don Pere Remón de Moncada, fij[o] de mosén Pere de Moncada, e dos donzell[e]s del prénçipe que llamavan Garavytos. E éstos vinieron delante el ynfante don Pedro e díxoles cómo la prençesa dava una joya para jugar a la sortija e no quería que otros la jugasen, aunque otros avían venido a le rogar. Por ende, que les dava este orden que avían de tener: vestidos nuevamente de jubones e de s[e]da e calças de grana atacadas e chapiletos de arrayán en las cabeças e sus varas luengas delgadas como grusosdardos, que las pudiesen regir. [E hera] domingo, quando los ayuntó a decírselo.

Dioles plazo para el otro domingo seguinte e que comiensen con él; e después de comer, que todos saldrían del palaçio sin escuderos, cada uno con su

vara en la mano en jubones e calças con las tronpetas delante e los ministrels. E oída toda la información que les dio el ynfante don Pedro, toviérongelo en merced. E cada uno de allí delante pensó dar cobro en lo que le cunplía para la fiesta.

Venido el día de la fiesta, el infante mandó en el Mercadal de Valençia atravesar una cuerda de la una parte a la otra, bien tirada; e en medio de la cuerda colgava fasta dos palmos otra cuerda e encalla una sortija de fierro, que mirava a dos partes; la qual sortija hera que escasamente podría entrar los quatro dedos de la mano. Todo esto aparejado, todos los niños vinieron a comer; e como los vido el Rei e todos los cavalleros que estavan con él ovieron el mayor plazer del mundo.

E así como estavan todos los levó a la Reiña e al prénçipe e a la prençesa, que estavan en uno, e rieron con ellos. Dixo don Pedro a la prençesa: «Señora, por amor de vos se faze esta fiesta. ¿Cuál es la joya que avéys de dar? E conbídovos a ver la fiesta, que ya tenedes asentamiento». E la prençesa dixo: «Yo levaré la joya allá e la daré a quien mijor lo ará». El Rei ni la Reina no savían deste fecho nada^[50v].

Como acabaron de comer el Rey e la Reyna e el Prínçipe, el Rey aconpañó a la Prençesa e púsola en el lugar do avía de mirar. E algunos quisieron yr aconpañar a don Pedro e fueles dicho que solos avían de venir. Y estando el Rey con los ynfantes esperando en la plaça, el ynfante don Pedro con su compañía de cavalleros niños viene con sus tronpetas e menestriles, vino otra conpañía que los aconpañase, que así era hordenado, en jubones de seda e calças de grana atacadas e chapelletes verdes en las cabeças e cada uno su vara en la mano con que avía de correr. E fueron a la plaça, que mejor vista fue aquella fiesta que quantas justas ni juegos de cañas se fizo.

E començó el ynfante don Pedro su carrera a la sortija e así corrieron uno en pos de otro un gran espaçio del día, que ninguno no podía acertar en la sortija. E era hora ya de dichas vísperas e uno de los sobrinos del Cardenal de San Estaçio, que llamavan Juan Carrillo, pasó su carrera e quiso su ventura que açertó en la sortija e lançóla de la cuerda e levole mitad en la vara. Estonçe el ynfante don Pedro descaválgase, otrosí non el Juan Carrillo e subieron amos a la prinçesa e el Juan Carrillo púsose de rodillas delante e besóle la mano, e ella diole un diamante, podría valer çinquenta florines e tornó a besarle la mano.

E desçindieron el Ynfante e Juan Carrillo e cavalgaron. E el Ynfante e todos los cavalleros niños fueron do estava el Rey e todos besáronle la mano. E el Rey con mucha risa besó en la boca al Ynfante e díxole que dó yrían, que fuesen al palaçio a hazer colaçión, e el Ynfante: «Ante, señor, aconpañaremos al cavallero que ganó la joya». E quisiera el Rey que los aconpañaran e el Ynfante le dixo: «Señor, que le pedía por merçed que no los aconpañase ninguno, que así quería yr como vinieron; por quanto querían dar una buelta por la çibdad a ver damas». E el Rey fue bien contento dello.

Partiose el Rey e aconpañó a la prinçesa e tornola a la posada. E el Ynfante con sus jugadores e minestriles delante e sus tronpetas fueron çerca por la çibdad

e después aconpañaron ^[51r] la joya a casa del dicho Carrillo e allí descavalgaron el Ynfante e todos. E fizieron colaçión con muchos confites e dançaron una pieça de tiempo; e mientra dançavan enbiaron por sus ropas de vestir e vinieron por el Ynfante e truxéronle las ropas; con antorchas aconpañaronlo a casa del Rey.

E de allí adelante el dicho Ynfante e el Conde de Luna tomaron gran amorío con estos dos primos, Juan Carrillo e Sancho Carrillo, que cada día enbiava por ellos, e muchas vezes cavalgavan por la çibdad e venían a casa del Cardenal a faze[r] colaçión e dançar con estos dos. Juan Carrillo e Sancho Carrillo salieron muy buenos omes d'armas en Ytalia desque fueron ya mançebos, tales quel papa Martín los fizo capitanes de la Yglesia e les dio sueldo para dos mill roçines que tráan en canpo de muy buena gente diestra de guerra e en las armas e ganaron muchas çibdades e villas e castillos que tiranos tenían de la Yglesia e tornáronlas a la obediencia del Papa. E las más tenía un gran tirano e el mayor capitán de Ytalia que tra[e] todos tienpos consigo çinco mill florentines e más; avía nombre Bracho de Fuerte Bracho de Montone. E un día estos Juan Carrillo e Sancho Carrillo ovieron en su compañía otros capitanes con unos mill y quinientos roçines e dos mill que ellos tenían fizieron tres mill y quinientos roçines e saltaron al dicho capitán e pelearon con él e desbaratáronle e destruyéronle mucha gente e a él matáronlo en el canpo e a muchos de sus capitanes con él.

